

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Cebrià M. Pifarré, monje de Montserrat
5 de octubre de 2008
Is 5:1-7; Fil 4:6-8; Mt 21:33-43

La parábola de los viñadores que rechazan y matan el enviado de Dios, Mateo la relatada justo después de dos hechos fundamentales: la entrada de Jesús en Jerusalén y la expulsión de los vendedores del templo. Ambos hechos marcan un cambio en la ruptura creciente entre Jesús y su pueblo. La parábola nos sitúa de lleno ante el misterio de Jesús.

A menudo, en la Biblia, el pueblo de Dios es comparado a una viña. ¿Qué solicitud y ternura la de Dios hacia su pueblo, elegido de entre todos los pueblos para una Alianza de amor? La voz profética de Isaías lo describe bellamente en el cántico de la viña amada, leído hoy como 1ª lectura: «Canto de amor de mi amigo a su viña. Mi amigo tenía una viña ... La viña es la casa de Israel». Nada faltaba en la viña amada: ni el lagar tallado en la roca, ni una valla protectora, ni las cepas de la mejor clase. El dueño estaba muy ilusionado. Pero he aquí que «en lugar de buena uva, le daba agrazones ... esperaba bondad, pero oye el clamor de los oprimidos ... ¿Qué más cabía hacer por mi viña que no haya hecho?» (Is 5:1-7). No es que Israel hubiera sido siempre como una esposa infiel al amor de Javhè, como una viña que da agrazones en lugar de frutos sabrosos. En la historia del pueblo de Dios, como en la existencia creyente de cada uno de nosotros, a menudo la desafección, la ingratitud, la superficialidad, el vacío del corazón, la insensibilidad espiritual, pesan más que los días de confiada y amorosa intimidad.

A la pregunta: «el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?», Jesús, dirigiéndose a los sumos sacerdotes y los senadores del pueblo, responde: «Os digo que se os quitará a vosotros el Reino y se dará a un pueblo que produzca sus frutos». De las palabras pronunciadas por Jesús, éstas son de las más fuertes. El comportamiento de los labradores nos hace presente el repudio dramático de Israel y el cambio de la elección en favor del pueblo mesiánico de pobres de Dios, formado por quienes anhelan vivir las Bienaventuranzas del Reino. Sin embargo, no nos engañemos. No sólo el Israel de antaño puede ser estéril y perder la viña. Quienes por la codicia y la avidez de su religiosidad, en una especie de acaparamiento de Dios, guardan para ellos solos los frutos de la vendimia, y haciendo oídos sordos al clamor de los oprimidos, olvidan que Dios extiende la nueva Alianza a todos los pueblos, también a ellos les puede ser arrebatado el Reino de Dios. Del espíritu y de la verdad del Reino de Dios nadie es propietario. Ni los dirigentes del pueblo, ni los sacerdotes, ni los muy letrados, ni los piadosos fariseos.

Y del comportamiento del dueño de la viña, ¿que hay que pensar de él? Es evidente que para nuestros esquemas legalistas resulta de los más desconcertante. Jesús nos muestra el rostro compasivo y misericordioso de Dios, Padre lleno de ternura y piedad hacia su pueblo, el amor obstinado del cual, a pesar de todas las hostilidades y decepciones, nunca se cansa de creer y de esperar en el hombre. Fiel a su proyecto liberador, como un pedagogo paciente, nos atrae, incansable, hacia Él, y se nos hace encontradizo en la humildad de Jesús. Convertido en compañero de viaje de cada hombre y cada mujer, ¿no nos muestra Jesús la humanidad de un Dios que, como un mendigo, llama a la puerta de nuestros corazones, implorando frutos de justicia y de paz?

En cuanto a los enviados por el dueño a recoger la uva, en el caso de la parábola que nos ocupa, no en vano llamada vendimia de sangre, los malos tratos de que fueron

objeto por parte de los viñadores, nos hacen pensar en la suerte de tantos hombres de Dios como Eliseo, Jeremías, Juan Bautista, la voz denunciadora de los cuales se hizo acallar con la persecución y la muerte trágica, como prefigurando la Cruz martirial de Jesús, el profeta de Nazaret. En su testimonio valeroso, defensores de la santidad de Dios reflejada en la dignidad de cada persona humana, insobornables ante cualquier poder mundano, en contraposición con los viñadores sediciosos y con los falsos pastores, rígidos y autoritarios, los profetas perfilan el verdadero rostro del Iglesia, llamada a ser servidora atenta del amor crucificado de Jesús hacia todos los hombres y mujeres. ¿Blindaremos quizás nuestros sistemas de seguridad hasta hacer acallar la voz de tantas personas que con su compromiso de vida buscan hacer presente, en nuestros días, el caudal profético, místico y sapiencial del Evangelio de Jesús, urgiéndonos a ser constructores de un mundo más humano, más acogedor, más justo?

La figura crucial de la parábola sobre la viña amada de Dios, es sin duda la del hijo, con quien Jesús se identifica. El dueño lo envió a la viña pensando que «tendrán respeto a mi hijo. Pero los viñadores, al verlo, se dijeron: este el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con la herencia». Luego, Mateo añade: «Cuando los grandes sacerdotes y los fariseos oyeron aquella parábola, comprendieron que Jesús se refería a ellos y querían cogerlo, pero no se atrevieron por miedo al pueblo, que lo tenía por profeta». Es para eliminar a Jesús, que los dirigentes de Israel lo entregaron al poder romano. No podían resistir el estallido luminoso de su presencia hecha de santidad y sencillez, ni las palabras de fuego con las que anunciaba el evento inminente del reinado de Dios, denunciando sin ambages su estrategia de poder, la inhumanidad de su religión, la hipocresía con la que intentaban encubrir maneras de hacer injustas y opresiva para los más desvalidos e indefensos. Si Cristo Jesús está en nosotros, si vivimos atentos a su Espíritu, no haremos callar las voces proféticas, unas voces que a veces quizás nos incomodan, pero que siempre nos invitan a cambiar el corazón, con el fin de hacer posible de un cielo nuevo y de tierra nueva.